

Esta es la memoria de mi voluntariado como estudiante de medicina en el dispensario de Toucar, en Senegal, durante tres semanas.

EL VIAJE

Tras consultar con Rafael todas mis dudas sobre qué llevar y los primeros pasos que dar allí (era mi primera vez en un voluntariado sobre terreno), vacunarme de todo lo vacunable y cargar mi macuto con lo imprescindible, emprendí el viaje. Marchaba con gran ilusión, pero entremezclada con cierto resquemor ante la incertidumbre de esas tres semanas en un país y un continente completamente desconocidos para mí.

Llegué a la madrugada a Dakar, tras hacer escala en el aeropuerto de Casablanca, donde me esperaba el guía Ousmane (no sin ciertas dificultades para encontrarnos). Me llevó directamente al albergue, donde dormí a gusto hasta entrada la mañana del día siguiente. Aprovechamos después para hacer algunas gestiones allí (cambiar CFAs, comprar la tarjeta del móvil) y salimos para la estación de autobuses, desde donde partimos rumbo a Toucar a la hora de comer. En una pequeña tartana llena hasta las trancas hicimos el viaje, y tras varios incidentes (atasco, volcó un camión cisterna en la carretera, paradas para recoger materiales que luego distribuirían...) llegamos por fin después de 7 horas a nuestro destino.

EL DESTINO: TOUCAR

Al principio hubo dudas sobre la disponibilidad de habitaciones, pero al final me acomodaron en la habitación de una profesora de la escuela que se encontraba de vacaciones (en la que luego tendría algún que otro problema de goteras durante las fuertes tormentas). Primero dejé las polvorientas mochilas allí y después me presentaron en la casa del doctor del dispensario, donde realizaría las comidas durante mi estancia en Toucar junto a su familia. Pese a mi casi nulo nivel de francés, conseguí entenderme con su hijo Iboulae en inglés y con su hija Ami en español decentemente.

Los primeros días me costó adaptarme al estilo de vida que siguen allí. Ya no solo chocaba su ritmo, pausado de por sí, sino que esto se veía acentuado por el calor que hacía, la humedad de la época de lluvias y que justo coincidí en el mes del Ramadán. Así pues, tras visitar el dispensario, la maternidad y la zona del pueblo donde estábamos, compré lo necesario para establecerme (garrafas de 10L de agua, insecticida...) y me ajusté al nuevo ritmo con ellos.

A los pocos días llegaron otras dos voluntarias españolas, y junto a ellas conseguimos dinamizar un poco más el tiempo que teníamos fuera del dispensario: jugamos con los niños del pueblo, visitamos al profesor de español de la escuela (Dady, con quien tomamos alguna que otra cerveza e hicimos una cena) o quedábamos para merendar un mango. Con los niños quedábamos varias tardes para jugar al fútbol, al baloncesto o cantar canciones. Les divertía mucho, y durante el día no paraban de saludarte y preguntarte que íbamos a hacer por la tarde con ellos.

Juntos también empezamos en el dispensario, al que acudíamos de lunes a viernes a las 9 de la mañana. Al principio nos resultó difícil asumir la forma de practicar la medicina que tenían allí, dado los escasos recursos y medicamentos con los que contaban y la menor formación con la que contaban. Muchos pacientes tenían que comprar los fármacos recetados en otra farmacia

del pueblo porque carecían de ellos en la farmacia del dispensario, al igual que los que iban a que les realizasen curas tenían que llevarse sus propias gasas, Betadine o esparadrapo. Tenían un criterio muy laxo a la hora de recetar antibióticos, y las medidas de higiene y seguridad tanto para las enfermeras (que vimos vacunar sin guantes) como para los pacientes eran bastante precarias. Nuestro trabajo allí se centró en ayudar a las enfermeras y al doctor en sus labores: tomar la tensión o el pulso, auscultar, realizar curas... Coincidieron también las dos jornadas de vacunación mensuales durante nuestra estancia, con lo que tuvimos la oportunidad de vacunar a muchos niños del distrito (Toucar y alrededores). También pasamos por la maternidad, donde acudí a un posparto y estuvimos en la sala de consultas de las mujeres en estado de embarazo o de seguimiento en los primeros meses de vida del niño.

Fuera de la tranquila “rutina” que seguíamos allí, buscamos otras actividades aparte. Hicimos un par de excursiones fuera del pueblo, una para visitar a otros compañeros que estaban de voluntarios en la aldea de Ndokh (y que, a su vez, nos visitaron a nosotros un par de veces para aprovisionarse en las tiendas de Toucar) y otra para conocer la ciudad de Mbour y el pueblo de Sally. A la segunda nos acompañaron Iboulae y su hermana, Aoua; que nos guiaron por allí y con los que pasamos un agradable día. Pero lo que más destaco de las tres semanas que estuve allí es la fiesta de Korité, la fiesta que se celebra tras el fin del Ramadán en Senegal. Para la ocasión, los tres nos hicimos unos trajes típicos en un sastre del pueblo, y pasamos a formar parte de la celebración con la familia del doctor. Hicieron una comida especial, fueron a visitar casas de otros amigos e hicieron una actuación musical en una de las casas del pueblo.

DAKAR Y LA VUELTA

Lo cierto es que, pese al cansancio que ya empezaba a notar tras los días pasados allí, me dio pena despedirme, tanto de nuestro amigo Dady como de la familia del doctor y mis compañeras voluntarias. Me levanté pronto y cogí el autobús de las 7 de la mañana rumbo a Dakar. Como yo otras muchas personas decidieron lo mismo, porque el autobús se llenó a las 6:30 y fuimos lo más comprimidos que permitía el pequeño minibús. Aunque en el tramo final me reubiqué y fueron 5 horas de viaje (en vez de 7), fue cansado y pesado. Al llegar estuve esperando a Ousmane en la estación de autobuses, quien luego me llevó a un hotel cercano (caro, aunque más barato que el albergue, y limpio). Me eché una pequeña siesta y comimos en un restaurante del centro de la ciudad. Al acabar visitamos la isla de Goree, y pasé toda la tarde en sus playas.

La mañana siguiente la pasamos en los mercados de la ciudad, para luego comer en el mismo restaurante. La tarde la dividimos en visitar la Place du Souvenir y el Sea Plaza, aunque me habría gustado emplear el tiempo en otro lugar, recoger mis cosas del hotel y visitar el Monument de la Renaissance africaine y la playa de Ngor. En la playa se echó la noche, cenamos en un sitio cercano y tomamos unas cervezas para hacer tiempo hasta el avión, que salía de madrugada.

Fue una experiencia en la que, pese al propósito de ir tú a ayudar allí, volví con la sensación de haber recibido y aprendido mucho más de lo que pude aportar.

Jaime Gil Rodríguez

Julio 2015